

La visión de las «ideas» y la «verdad» de la verdad

WISSER, RICHARD
Universidad de Mainz

Este escrito tuvo su origen en mi participación en un Symposium que, bajo el título «La tremenda confusión de ideas en el mundo actual»¹, reunió investigadores y especialistas de diversas disciplinas científicas, que han tratado el tema en profundidad, tanto particularmente como en general, desde sus respectivos puntos de vista. Como filósofo, me pareció lógico ocuparme del *modo cómo* se afronta esa «confusión de ideas», es decir, de la actitud adoptada ante ella y de cómo sus características suponen una *valoración*. Dicho en otras palabras, voy a ocuparme de cómo se *enjuicia* tal confusión. En consecuencia, no me circunscribo ni a una descripción concreta de la mencionada «confusión de ideas», ni a un análisis de los procesos que han conducido a ella. Tampoco voy a ofrecer una *explicación personal desde un determinado punto de vista material de algunos fenómenos concretos* «en el mundo actual», ni me voy a ocupar de trazar una visión general que permita una explicación de los fundamentos sobre los que se basa nuestra época. Lo que quiero es, más bien, fijarme en una *palabra* que figura en el título genérico de nuestro Symposium, en una palabra que expresa el modo *cómo* esta confusión de ideas *actúa* sobre el hombre o, dicho más exactamente, cómo se cree que actúa. Se trata de la palabra «*tremenda*». «Tremendo» tiene dos significados íntimamente relacionados: por una parte, quiere decir violento y también *colosal*; y por otra, indica algo amenazador, que causa espanto, incluso

¹ XV Symposium Internacional de la Ciencia del Hombre. Fundación Letamendi-Forns (Barcelona). Presidente: Francisco Arasa. Aigua Blava, Bagur (Costa Brava-Gerona), del 3 al 7 de octubre de 1992. El presente escrito es una reelaboración de la comunicación entonces presentada. Agradezco a doña Irene Borges Duarte su laboriosa revisión de la traducción castellana.

pánico. Así pues, alejo mi mirada de la consideración y del análisis de la confusión de ideas y la dirijo, en primer lugar, a la *impresión* que real o supuestamente produce tal confusión. Luego, me centro ya, como objetivo de mi intervención, en discutir de qué forma eso que es tremendo se expresa *en el lenguaje*.

* * *

En mi discurso me tropiezo con las palabras «colosal» y «espantoso». No me es fácil eludirlos, pero tampoco me van a hacer caer y romperme una pierna. He de estar atento a lo que pase en el mundo actual y sea de una importancia tal que desencadene temor y pánico, expresándose con palabras que no surgen ni mucho menos de una situación momentánea. «Colosal» y «espantoso» describen sensaciones utilizando expresiones que se retrotraen a tiempos muy remotos. Estos términos no nos resultan extraños, lo que indica que se han mantenido plenamente en uso sin ser sustituidos por otros, es decir, son «ejemplares» en el pleno sentido de la palabra. Ciertamente a los hombres de hoy, cuando el «Coloso de Rodas» ha dejado de ser una de las «maravillas del mundo» y en todas partes se construyen edificios «colosales» y «colosos», ya no nos deja abatidos lo «colosal». Sin embargo, lo gigantesco nos sigue impresionando «terriblemente», es decir, «mucho», y ni aún hoy nos libramos del miedo-pánico ante la súbita presencia de algo asustador y espantoso, que nos impulsa a la huida salvaje en busca de salvación, si bien tenemos la amarga sensación de estar irremediamente perdidos.

Así, me encuentro con que aquello que nos hace temblar, aquello que cuando no estamos ocupados en las tareas cotidianas desencadena en nosotros un temblor que es algo más de lo que los médicos denominan «temblor de reposo», y que en cuanto nos percatamos de la «confusión de ideas» nos provoca algo más que el «temblor intencional», según la terminología médica; aquello que, por regla general, nos altera el estado de ánimo de modo que nos llevamos las manos a la cabeza y buscamos una huida hacia algún lugar seguro; todo eso no es sino un conjunto de *experiencias humanas*, experiencias *de lo humano*, expresadas en términos que son independientes de cualquier actualidad y ajenos a las circunstancias concretas de una determinada situación que, por su latencia o por su gran carga expresiva, se utilizan para dar nombre a lo que no lo tiene.

El *temblor* que nos provoca la mencionada confusión de ideas —o al menos el que provoca en aquellos que la perciben y a quienes hace sufrir— es algo más que un «trémolo» musical-estético, tan alejado de lo espantoso, y es también algo más que un «vibrato», que puede provocarnos un momentáneo placer. Se trata más bien de un temblor y una trepidación, de un movimiento brusco y de una

efervescencia que conmueve lo más íntimo de nuestra existencia. Se trata de una sensación más intensa incluso que la que se experimenta con ocasión de un terremoto que, como puede confirmar cualquiera que la haya sentido, como yo en Chile o en Japón, provoca una indescriptible sensación de amenaza y de estar a la deriva, que no tiene ni punto de comparación con el mareo de un viaje en barco. De lo que se trata, o de lo que se puede tratar, es de una conmoción cósmica, como acontece con el más sismógrafo de todos los filósofos, Friedrich Nietzsche, cuando, por ejemplo, anuncia como «el más grande de los acontecimientos modernos», el que «Dios ha muerto», que la creencia en el Dios cristiano ha pasado a ser increíble»²; o bien cuando describe «*el origen del Nihilismo*» como un movimiento que da lugar a «una tensión torturadora que crece de década en década desencadenando una catástrofe»³.

Ciertamente se puede adoptar la postura del niño que cree que cerrando los ojos no sólo desaparece todo lo que estaba viendo, sino que también desaparece él mismo. Un temblor como el descrito por Nietzsche no significa el revoloteo de las prendas de vestir, que nos gusta en las mujeres, ni tampoco el rizado de la superficie del agua, que tanto nos impresiona en el mar. El temor del que hablamos no sólo conmueve los fundamentos de mares y tierras, sino que surge de la falta de todo suelo y es la reacción ante el abismo, o al menos ante lo que se toma como tal. Así pues, la confusión desencadena turbación, no sólo porque las ideas dejan de estar concatenadas (en fusión) y, en consecuencia, no pueden ser llevadas a un sistema, sino porque se ven sumidas en el desorden. Al fallarles el fundamento que las sustenta, han dejado de ser fundamentales, porque ellas mismas carecen de fundamento, han dejado de ofrecer algún punto de apoyo y, en vez de ser útiles como fundamento, dejan ver el abismo en toda su fuerza amenazadora. La consecuencia de todo ello es que, además, se desencadenan dudas y vacilaciones: la falta de punto de apoyo para las ideas va repercutiendo hacia arriba y se traduce en la falta de punto de apoyo para todas las cosas.

Si se estudian con atención las palabras utilizadas para expresar la actual confusión de ideas será fácil comprobar que reflejan procesos históricos y facilitan implícitamente una serie de descubrimientos objetivos. Al mismo tiempo, se vuelve uno más perpicaz a propósito de las imágenes que ilustran las experiencias humanas y de lo humano, sin perder de vista el horizonte ni dejar de atender el contexto que se despliega con ellas, si bien en algunos casos la visión de este contexto se ve limitada a su través. En definitiva, hay que reconocer que

² Friedrich NIETZSCHE: *Werke in drei Bänden*, Edición de Karl Schlechta, München, ²1960, II, 205.

³ NIETZSCHE, III, 634.

no se trata propiamente de juicios, sino, tal vez, más bien de prejuicios o, en todo caso, de algo que no debe aceptarse acríticamente y que, tal vez, tienen que superarse como una crisis. A continuación, basándonos en tres características típicas relacionadas con la «confusión de ideas», vamos a fijar nuestra atención en los puntos de vista antes mencionados, contribuyendo así, si no a ofrecer una base donde posar los pies, sí al menos a mantenerlos en marcha.

I

Cuando se ve y se oye lo que se hace y dice por ahí, salta a la vista que «la tremenda confusión de ideas en el mundo actual», comprobada de una forma u otra por muchos contemporáneos, es una *característica* no limitada en el tiempo ni en el espacio, que se remonta hasta el principio del mundo, o al menos hasta el principio del mundo tal como nos lo presenta la tradición judeo-cristiana. Las ideas directrices parpadean tan sólo como estrellas que hace mucho tiempo se apagaron, pero cuya luz nos sigue llegando aún, y el desorden ha llegado a ser de tal magnitud, que sólo es capaz de desencadenar temor y zozobra. Para describir esta confusión podrá utilizarse el término con el que en la primera narración de la Creación (en el *Génesis*: Moisés, 1, 2) se describe el estado de la Tierra, o del Mundo, antes de que Dios pronunciara su primera palabra creadora: «Hágase la Luz». Allí se habla de «Tohuwabohu»: «La Tierra estaba desierta y vacía», o, como traducen Martin Buber y Franz Rosenzweig en su «Nueva versión alemana de la Escritura»: «La Tierra estaba sumida en el desorden y la confusión»⁴.

La palabra «Tohuwabohu», para Buber y Rosenzweig, pone de manifiesto un estado de cosas al que, en realidad, apenas corresponde calificar de «estado de cosas», porque en él no se da este o aquel «desorden», sino que por todas partes impera una confusión total; no hay un ir y venir de las cosas de aquí para allá, sino que no hay nada claro; hay una pérdida total de orientación, un «extravío» completo; no impera este o aquel error, sino que el error es total. En consecuencia, se dan unas relaciones en las que todo está en desorden, y en realidad no se puede reconocer relación alguna, en lugar de diferencias reconocibles por los límites entre unas cosas y otras y en vez de unas relaciones que pueden establecerse respecto a un punto de referencia, todo está confuso y fuera de la ley, o tal vez *todavía* no está sujeto a ley alguna, ni gobernado por regla alguna.

A la efervescencia de ideas en que hoy nos encontramos y a la enorme desorientación que impera debido a la confusión y a la falta de puntos de apoyo pueden aplicárseles también el término «Tohuwabohu». Tal vez alguien piense

⁴ *Los Cinco Libros de la Sabiduría*, Köln-Olten, 1954, 9.

que se exagera y que no se profundiza en el análisis de las razones que han llevado a esta confusión ni en la valoración de lo que hay tras todo ello. El uso del término sería una consecuencia de la falta de detenidos estudios y discusiones.

II

Para caracterizar este constatado desorden de ideas, se dice de ellas que ya no se plantean en la forma *contrapuesta*, vigente a lo largo de décadas e incluso siglos. Todas las interpretaciones del mundo, por ejemplo, han sido reducidas, en definitiva, a la contraposición entre realismo y idealismo, luchando uno y otro por imponer su predominio. Y de igual modo ha sido planteado el conflicto metodológico entre empirismo y racionalismo, inducción y deducción, positivismo y especulación, análisis y dialéctica. Pero se dice que estas ideas han perdido ya su función directriz, bien porque se las pone en tela de juicio o bien por haberse convertido ellas mismas en problemáticas. Para designar el desorden que aparece en el panorama de las ideas no sólo se nos ofrece la lengua hebrea bíblica. Tenemos también una palabra griega, que supone una forma completamente diferente de ver las cosas y refleja unas ideas distintas. Lo que hoy está teniendo lugar sería «caótico» y supondría un «caos».

Llama la atención que los traductores de la «Teogonía» de Hesíodo, donde este término se utiliza y encuentra perfectamente su lugar, no logran traducir una palabra, tal vez intraducible, como es «caos». Sin embargo, se califica de «caótico» a aquello a lo que le falla el soporte, a aquello que se ve en la amenaza de ser engullido por el abismo. «Bostezo» se dice en alemán *Gähnen*, palabra que tiene la misma raíz que «caos», procedente del griego «chainein» (χαίνειν), es decir, lo que se abre y separa, lo que deja de estar junto, la boca abierta, el vacío que todo lo engulle. Ante este vacío surge un temor que supera con mucho al que aparece ante el Tártaro y ante los Infiernos, ya que éstos, a pesar de todo, casi siguen teniendo el carácter de «espacios».

No es sorprendente que filósofos como Platón y Aristóteles pronto pensarán en interpretar este temor, medio mítico medio fenomenológico, basándose en lo que realmente supone el «caos», en lo que «se quiere decir» con esta palabra. De alguna manera trataban de cortarles las garras. El caos se representa como un espacio vacío y, si bien es muy diferente, de algún modo guarda una relación próxima con el «Tohuwabohu» bíblico. Los estoicos zanján el tema suavizando etimológicamente el significado de «caos», palabra que ya no consideran como hasta entonces derivada de «chainein» (χαίνειν) y de «chaskein» (χάσκειν) —o sea, «bostezo» o «fauces» engullidoras, como ya se ha dicho—, sino de la palabra, relativamente mucho más inocente, «chesthai» (χέσθαι), es decir, vertir

y agitar. De esta forma, se expresa algo fluido, aunque indeterminado e informe y, por lo tanto, carente de orden, desordenado. Sin embargo, si el caos no se relaciona *negativamente* con el infierno o, simplemente, es negado en cuanto materia amorfa, como hacen Alberto Magno y su discípulo Tomás de Aquino, descartando, o en todo caso *neutralizando* su significado cosmológico, siempre puede ser interpretado *positivamente* en cuanto posibilidad. En este último sentido, Nietzsche en «Así hablaba Zarathustra» pone en boca de éste la exclamación: «Yo os digo: se ha de tener un caos para poder dar a luz a una estrella danzante»⁵.

Nada menos que Martin Heidegger advirtió lo peligroso que resulta una interpretación demasiado estrecha de la idea de caos en Nietzsche, hablando precipitadamente de «naturalismo» y de «materialismo» allí donde Nietzsche, como dice Heidegger, hace el intento «más decisivo» por llevar a cabo la «deshumanización y desdivinización mental de todo lo existente»⁶. En su libro «Die fröhliche Wissenschaft» («La Gaya Ciencia»), título adoptado por analogía con el Evangelio de la fe cristiana («Buena Nueva» = «Frohbotschaft»), Nietzsche adopta una actitud marcadamente crítica, formulando un principio fundamental, afirma: «El carácter global del universo es... [ser] por toda la eternidad un caos»⁷. Al decir esto, quiere poner de manifiesto no sólo que el mundo está constantemente fluyendo, que el río de las cosas no se detiene nunca, sino que recordando a Heráclito, quiere con esta representación poner de manifiesto el más abismal de todos los fenómenos y hacer ver que no hay forma de abandonar el constante fluir, que no hay ni superación ni riesgo en el devenir, sino que «lo que deviene quede entregado a sí mismo». En todo caso así es como se expresa Martin Heidegger⁸.

Dicho con otras palabras: de lo que se trata es de tomarse con toda seriedad, para la vida y para la muerte, el hecho de que este *devenir*, que siempre es al mismo tiempo un *consumirse*, es circular y no sigue una línea ascendente en forma de desarrollo o de progreso. Esto significa que el caos no puede deducirse de nada anterior, no se trata de una unidad de la que, por una errónea interpretación, se pueda derivar una multiplicidad o diversidad, tal vez interpretada como decadencia.

Tampoco se ha de tomar el caos como algo que un principio superior pudiese manipular como a una materia informe —en este caso, un espíritu creador que, cumpliendo la misión de un arquitecto, relegase el caos a un lugar secundario.

De esta forma, cuando Nietzsche habla del *mundo como caos* hace aflorar el

⁵ NIETZSCHE, III, 284.

⁶ HEIDEGGER, *Nietzsche*, Pfullingen, 1961, tomo I, 353.

⁷ NIETZSCHE, III, 115.

⁸ HEIDEGGER: *Nietzsche*, I, 349.

antiguo término «caos» para dar nombre a un concepto que no se refiere a aquello que mantiene el mundo íntimamente unido, perceptible, visible y descriptible, sino más bien, y esto es típico de su carácter extraordinario, que cierra el paso a todo intento de decir qué es el mundo y, en consecuencia, a la posibilidad de *ordenar* las cosas en el espacio y en el tiempo. Lo que esto significa queda claro cuando Nietzsche utiliza precisamente el concepto de caos —que en realidad es un no-concepto, es decir, pone de manifiesto el carácter deficitario de los conceptos— para criticar la insuficiencia y la ineficacia de interpretaciones como la del Génesis, cuando se dice que Dios es quien venció el «Tohuwabohu», el «desorden y la turbulencia», y a partir de él creó «todas las cosas», todo lo que es y, en consecuencia, todo se dirige también a Él.

Y también queda claro cuando critica ideas como la que Hegel expresa en su «Prólogo» a los «Principios de Filosofía del Derecho» bajo la fórmula: «Todo lo racional es real; y lo real es racional»⁹, ideas que se resumen diciendo que la razón del mundo es el alfa y el omega de todas las cosas. O también cuando critica ideas que creen poder reducirlo todo o bien a los cambios orgánicos auto-regulados de la Naturaleza o bien a un total absurdo que pone todo en tela de juicio. Y, finalmente, también queda claro, cuando critica a aquellos que creen que no puede haber ningún caos, porque un mundo completamente ajeno a todo sistema dejaría teóricamente del todo desamparadas a las personas dedicadas a la Ciencia y que hacen de ella su razón de ser.

La *crítica* que hace Nietzsche de lo que él llama «humanización» y «divinización» del ser, del ente en su totalidad, no sólo toma la forma, como dice Heidegger, de «una especie de *Teología negativa*». Esta «Teología negativa», a diferencia de la Teología negativa tradicional, y que sería una Teología «sin el Dios cristiano»¹⁰, anuncia el «máximo acontecimiento de la era moderna», la muerte de Dios¹¹. Esta crítica también supone una «Antropología negativa» a la que se puede denominar radical y que no sólo es crítica en el sentido tradicional, frente a los antropomorfismos corrientes (y al teomorfismo del hombre), sino que incluye al hombre en cuanto tal en la *crisis*. En consecuencia, supone una «Antropología negativa» sin el hombre, relacionada con su doctrina del «Superhombre» que aquí sólo mencionamos, pero en la que no podemos entrar en detalle¹².

⁹ *Hegels Vorreden*. Mit Kommentar zur Einführung in seine Philosophie von Erwin Metzke, Heidelberg, 1970, 125.

¹⁰ I, 353.

¹¹ *Nietzsche*, II, 205.

¹² Véase sobre Nietzsche, R. WISSER: «¿El Superhombre a la vista?», *Folia Humanistica*, XXIV, 277, 1986, 97-120.

Cuando Nietzsche habla de «caos»¹³ y dice que «el carácter global del mundo... en toda la eternidad, es el caos», quiere defenderse y excluir dos cosas mutuamente relacionadas: la «humanización» y la «divinización» del ente en su totalidad¹⁴. «¡Tengamos cautela!» titula Nietzsche el artículo en la «Gaya Ciencia», en el que repite hasta siete veces la orden de «tener cautela» con las opiniones e ideas, que pueden parecernos obvias por encontrarnos inmersos en ellas y hacer que *lo que vemos lo veamos a través suyo*, sean tales ideas de tipo religioso, de tipo científico, estéticas o morales. En definitiva, habría que tener cautela con todo aquello que arroje la *sombra del hombre*, pero también la «sombra de Dios»¹⁵ y de todo aquello que bien sea a través del conocimiento o a través de la experiencia, oculte y haga imposible el auténtico ser del ente en su totalidad.

No sólo la *pluralidad de significados* que tiene la palabra «caos», sino, también y sobre todo, el concepto de caos que tiene Nietzsche, ha de hacernos precavidos al utilizar el adjetivo «caótico» para designar la situación actual. En todo caso, el uso de esta palabra exige que nos preguntemos qué es lo que se quiere decir y cuál es la idea directriz al respecto, qué es lo que ofrece la *visión de la visión*, es decir, la *visión de la ideas*, de la historia y de las posturas adoptadas, y en qué consiste la *verdad de la verdad* de unos juicios que probablemente representen prejuicios. En resumen, con una palabra como «caótico» no se puede operar, sino que hay que llegar a un convenio sobre lo que se quiere expresar con ella. Según lo que se tome por «caos», esta palabra desencadenará el mencionado temor y turbación, o los lamentos y el crujir de dientes, o bien pondrá de manifiesto la necesidad de consenso y de esperanza.

III

Además de unos aspectos tan diferentes en la confusión de ideas en el mundo actual como los expresados con las palabras «Tohuwabohu», «caos» y «caótico», nos encontramos de camino con otras expresiones. Mencionemos una tercera, que procede también de la más remota Antigüedad y que a lo largo de los milenios ha mantenido la forma, no sin dejar de haber experimentado algunos cambios en los que no me puedo detener ahora. Se utiliza bien como expresión de un tipo básico o como explicación metafórica de un fenómeno, como cliché o como analogía, como imagen o como concepto genérico, poniéndonos o queriéndonos

¹³ Véase también en Heidegger el fragmento «El conocimiento es esquematización de un caos según las necesidades prácticas», *Nietzsche*, I, 551-562, y el «Concepto de caos», I, 562-570.

¹⁴ *Nietzsche*, I, 350.

¹⁵ *Nietzsche*, II, 116.

poner siempre de manifiesto un carácter fundamental de la situación contemporánea.

Haciendo referencia a la llamada confusión «babilónica» de las lenguas, se habla de una confusión «*babilónica*» de las ideas característica de nuestra época. Y esta expresión resulta apropiada, ya que todos conocemos la narración que figura en Moisés, I, *Génesis*, 11, 1-9, traducida normalmente con el título de «Torre de Babel». Todos sabemos que Babel es un concepto que engloba el ateísmo, el servicio a los ídolos y la oposición a la voluntad de Dios y al mismo tiempo la advertencia y la intervención de Dios provocando una catástrofe para quienes antes hablaban una lengua que *todos* conocían. Cada cual acentúa advertida o inadvertidamente una de las características y utiliza el término de forma correspondiente.

Desde el punto de vista histórico-mitológico, ¿sobre qué premisas se tomó la resolución de construir finalmente una ciudad mundial y una torre «cuya cúspide¹⁶ alcanzara el cielo»¹⁷, una capital que convierta el *mundo* en ciudad?. Una vez que Dios hubo completado la Creación y la hubo aceptado como «muy buena», la serpiente intentó turbar a Eva y a Adán y poner el orden en tela de juicio. Ciertamente el diablo —es decir, quien todo lo arroja y deja en desorden (diaballein)— no lo echó todo a perder, pero su destrucción alcanzó a la siguiente generación con el fratricidio de Abel cometido por Caín. Y, finalmente, tuvo lugar el diluvio universal, que siguió a la corrupción cada vez más extendida de la humanidad, a la ira de Dios como consecuencia de la «caída en el pecado», llegando hasta Noé y los suyos. Desde que al posarse el arca empieza un nuevo principio, ha pasado tanto tiempo que la Tierra ha vuelto a poblarse y sobre toda ella domina sólo «una lengua», y esa *única* lengua es la expresión de *un* mundo. Martin Buber traduce que «sobre la Tierra» todos los hombres utilizaban las mismas palabras, era como si la lengua saliera de *una* sola boca.

Sin embargo, de repente, a los hombres se les ocurrió no sólo seguir el ejemplo de Caín, el primer constructor de ciudades de la historia bíblica¹⁸, y construir una ciudad mundial que convirtiera el mundo en una ciudad, sino también «darle un nombre» para evitar que «se dispersara por la faz de la Tierra»¹⁹. Por decirlo así, querían ser alguien, querían asegurar su identidad y reflejar su orgullo, y de esta forma seguir viviendo juntos y al mismo tiempo prosperar. Sin embargo, ante las premisas que se dieron para llevar a cabo una

¹⁶ Martin Buber traduce «cuya cabeza» (Buber, 34).

¹⁷ *Génesis*, I, 11, 4.

¹⁸ *Génesis*, I, Moisés, 4, 17; en otra versión: Tubal-Caín.

¹⁹ Buber, 34.

obra de estas características, en la que nada de lo que pudieran pensar y hacer sería «demasiado pretencioso», Jahvé (Jehova) les impuso un correctivo. Dios les «confundió» su lengua —Buber traduce «los mezcló»— de forma que ya no podían entenderse unos con otros. La consecuencia de la destrucción de la unidad idiomática, de la dispersión de las lenguas, fue el desorden sobre toda la Tierra. El problema idiomático, se convierte en el problema de los extranjeros. Una vez que la nación surgió como vínculo idiomático surge el problema del nacionalismo lingüístico. Desde entonces no ha existido, en el más propio sentido de la palabra, ninguna ciudad comunitaria y en su lugar han aparecido las más diversas ciudades, donde viven personas con las más diversas ideas.

Para expresar, no sólo las confusas relaciones entre naciones y lenguas, la maraña de religiones y culturas tal y como se presentan en el seno de las ciudades y entre unas ciudades y otras de las que fueron surgiendo, sino también la confusión de ideas y la oscuridad que impera en tal olla de brujas, se habla a partir del siglo XVII de la «Nueva Babilonia» refiriéndose a Amsterdam, y a partir del siglo XVIII, de París como la «Babel del Sena». Babel *significa* Babel, porque en hebreo «ba bel» quiere decir realmente confusión y desorden; así la ciudad de Babel, o Babilonia en griego, quiere decir el lugar donde todo es confusión («mezcla», como dice Martin Buber).

Lo que se ha dicho respecto de «Tohuwabohu» y sus derivados y también respecto de las características de «caos» y «caótico», así como de los múltiples significados de estos términos y las explicaciones que requieren estas imágenes y estos conceptos para diferenciar los juicios de los prejuicios, para explicar su contexto histórico y sistemático y arrojar luz sobre las implicaciones que sugieren, todo ello se aplica también al tercer término, la confusión y desorden «*babilónicos*». El imperativo de Nietzsche «*¡Tengamos cautela!*», incluso si no compartimos su afirmación de que el «Superhombre» haya superado a Dios y al hombre, puede aceptarse porque nos advierte del peligro que supone la confusión de ideas y nos previene de caer en la tentación de sumergirnos y perecer en ella. Nos advierte también del peligro de, en lugar de analizarlos, creer que sus significados se agotan en las acepciones tradicionales y de creer que se han entendido antes de tomarse la molestia de estudiarlas y de enterarse de lo que realmente significan.

* * *

Hay también un aspecto *estructural*, y para finalizar quisiera referirme a él, aunque sea brevemente.

En mi opinión resulta necesario considerar una estructura onto-antropológica

según la cual en el terreno humano no existe ni la «fundación absoluta» ni la «confusión absoluta» como perfil y caracterización del hombre. Tal estructura expresa así la finitud del hombre, representándolo como el ser «*en crisis con capacidad crítica*» por excelencia. Esto significa que el hombre no sólo está capacitado para *ejercer la crítica*, sino que él mismo es crítico, tiene *capacidad para diferenciar* y, al diferenciar, no puede evitar tomar posición ante Dios y ante el mundo, ante los demás hombres y ante sí mismo, ya que por su propia esencia está así estructurado. Ahora bien, esto quiere decir, además, que mediante esta capacidad de diferenciación, que afecta también a las ideas, se encuentra en una situación crítica en la que no sólo es capaz de encontrar esto o lo otro, sino que tiene que encontrarse a sí mismo, lo cual puede manifestarse y se manifiesta en el hecho de tener que *decidirse*, de tener que aceptar o rechazar esto o aquello.

Además de lo que denomino condición onto-antropológica *crítica*, no hay que perder de vista el reverso de la medalla, que es la situación onto-antropológica *en crisis*. Del mismo modo que el hombre es crítico y no se limita a *comportarse* críticamente aquí o allá, o a ejercer la crítica en unos momentos u otros, el hombre no se encuentra en crisis solamente en unos momentos determinados, sino que *está* permanentemente en *crisis*. Del mismo modo que forma parte de su condición básica el ser crítico, el hombre no puede permanecer a la larga fijo en esta o en aquella posición, porque, al mismo tiempo, de su condición básica forma también parte el estar en crisis. Así pues, el hombre es permanentemente crítico, incluso en el sentido de estar en crisis, y también está siempre en crisis, incluso en el sentido de ser crítico. En consecuencia, el cambio y la transformación, es decir, el pasar a ser algo diferente o la alteración de cualquier cosa, está estructuralmente condicionado y no supone amenaza alguna, no es nada que tenga que despertar temor o ante lo que se tenga que echar a correr. Como suele decirse, el hombre no puede sin más «salirse de su propia piel».

Vemos, pues, que en el tema de la confusión de ideas se trata fundamentalmente de prestar atención a la «fundamental capacidad crítica y situación básica en crisis del hombre» y de separar aquello que es expresión de la capacidad crítica y de la situación en crisis como componente estructural y constitucional de aquello que corresponde al apartado de las ideas que han sido fecundas y actuado como guías. El hecho de que incluso la *palabra* «idea» esté próxima a perder su significado de «visión que alumbra cuando no hay visión» queda patente, si nos fijamos en cierto uso que se hace de ella en alemán: cuando se desea un poco de azúcar en el café, se pide una «ideíta» («Ideechen») de azúcar; o cuando el suboficial, estando los reclutas en formación, descubre que las botas de uno de ellos sobrepasan la línea y le grita: «artillero, retire sus patas una “idea” hacia atrás» («Kanonier, ziehen Sie Ihre Flossen eine Idee zurück!»).

El hecho de que no haya ninguna crítica que al mismo tiempo no dé lugar a algún tipo de crisis, y ninguna crisis que no ponga en marcha algún movimiento crítico, es un tema del que no sólo me he ocupado en la publicación de homenaje a Jorge Uscatescu²⁰, sino también en *Folia Humanistica*, dirigida por Francisco Arasa²¹. Me permito ahora al menos una breve referencia.

Mediante la televisión, el más reciente medio que nos permite verlo y confrontarlo todo en todas partes, la Tierra entera se ha convertido hoy de alguna manera en una Babilonia. Las «ideas», que surgen y son vividas en los más diversos lugares como expresión de diferentes *experiencias vitales* y son desarrolladas por los *más* diversos pueblos como *directrices propuestas* que se presentan claramente con fuerza convincente, de alguna manera nos golpean casi sin cesar y de forma inevitable. Esta *forma* de ideas no sólo se nos presenta y entra día a día en juego, sino que además las diversas emisoras de televisión pugnen entre sí por la pantalla, que parece haber sustituido al paraíso de las ideas de Platón, ya que de lo que se trata es de conseguir los máximos índices de audiencia. Visto globalmente, a menudo se produce una distensión elemental entre ellas y pierden su fuerza convincente de tal forma que lo único que queda es un museo imaginario de «ideas» en el que, como en un supermercado, e incluso con mayor facilidad aún, basta con apretar el botón para tener delante todo lo imaginable²². La situación es parecida a la que se presentaría si los días de trabajo comiéramos tan sólo comidas caseras pero, en particulares ocasiones, quisiéramos «permitirnos algo bueno» a base de cocina china, japonesa, coreana o thailandesa —por no hablar de las enormemente variadas cocinas europeas—, con lo cual, al no estar acostumbrados, lo único que conseguiríamos sería estropearnos el estómago.

La situación se convierte en problemática cuando de lo que se trata no es sólo de lo que hoy gusta denominarse «idea de lo multi- o pluricultural», expresada en la forma del llamado diálogo entre las culturas, canalizado como discurso racional, sino de una lucha violenta entre posiciones «fundamentalistas». Estas no aceptan ni toleran la confusión de ideas, ni en el sentido literal de la confusión, ni en el sentido del «puré» de ideas, ni tampoco en el sentido de mezcla ni de

²⁰ «Antropología: ¿Disciplina filosófica o criterio de Filosofía?», en José Antonio Merino, *Cultura y Existencia Humana. Homenaje al profesor Jorge Uscatescu*, Madrid, 1985, pp. 359-377.

²¹ Véanse, por ejemplo: «Bases antropológicas de la responsabilidad», *Folia humanistica*, XXIV, n.º 272 (1985), 505-524; «La cuestionabilidad de la cuestión del hombre», id., XXV, n.º 291 (1987), 217-232, y n.º 292, 297-304; «Ser hombre responsable», id., XXVII, n.º 308 (1989), 177-194.

²² Véase «El mundo se hace imagen - La imagen se hace mundo», *Folia humanistica*, XXX, 324 (1992), 1-17.

convivencia. Ante unos contornos difuminados, unos rasgos diferenciales frágiles y unos cambios arbitrarios, se presenta una actitud que cree encontrar la solución en unas insostenibles interpretaciones de los enigmas y que llega tan lejos en la confusión que la vacía de contenido, que asume el desorden para no tener que tomar postura, que se reafirma y mantiene obsesivamente en su postura, incluso con la máxima violencia, creyéndose en posesión de los fundamentos, de la fundación absoluta y rechazando todo lo demás por considerarlo obra del diablo.

No sólo por estar convencido de la «capacidad crítica y de la situación de crisis» como condición básica estructural del hombre, sino también porque tengo presente los efectos que producen los fanáticos fundamentalistas, considero oportuno, para terminar, que escondamos detrás del espejo el imperativo de Nietzsche «¡Tengamos cautela!». Y tal vez se me perdone, si digo: «¡confundidos los vea!».